

ama lo que tiene delante, porque viviamos casi juntos; pero aquel fué verdaderamente un sueño, un sueño del que despertando, me encuentro con la realidad, mas hermosa que ese sueño, que ese sueño que no fué sino un presagio de lo que me esperaba sobre la tierra.

—¿Y es verdad?

—Os lo juro.

—¿Y no debo inquietarme por el recuerdo de Esperanza?

—Como yo por el de Don Pedro de Mejía.

Doña Catalina pasó su mano por la cabeza de Don Leonel, y este la atrajo suavemente; el ruido del beso de los amantes impidió á Don Leonel oír un gemido que salió de detrás de la cortina.

XXX.

En el que termina el que trata del casamiento de Doña Esperanza.

DOÑA Esperanza no pudo resistir mas y cayó desmayada en los brazos de la vieja, que la retiró violentamente del lugar en que estaban.

Quando volvió en sí, se encontró en otra estancia y sentada en un gran sitial, con una ventana abierta enfrente, y la vieja Doña Catalina haciéndole aire con un gran abanico chino.

—¡Ay, Dios mio!—exclamó la jóven sin comprender aún lo que sucedia.

—¿Qué tal, hija mia?—dijo la vieja—¿pasó ya el mal? ¿os sentís mejor?

—¿En dónde estoy? ¿qué me ha sucedido? ¿era un sueño?

—No, señora; afortunadamente no era sueño, y digo afortunadamente, porque ya vos comprendereis el peligro de que os habeis salvado. Ese Don Leonel.....

—No me habéis de él, señora; ese hombre no merece que yo le haya elevado hasta mi corazón.

—En efecto; su comportamiento ha sido muy malo, que no hay necesidad para enamorar á una dama, de decirle que otra.....

—Sí, teneis razon, podia haber amado á esa señora sin hablar nada de mí; bastaria con decir que ya no me amaba.....

—De modo que estais convencida.

—Lo estoy, lo estoy mas de lo que quisiera.

—En ese caso, no tendreis ya dificultad en dar vuestra mano á Don Alonso de Rivera, como me lo habíais ofrecido.

—Pero, señora, si no le conozco bien siquiera.

—Recordad vuestra promesa; aun estais en su poder, y todavía en buen camino para ser la querida de Guzman; tanto mas fácilmente, cuanto que ni la esperanza mas remota teneis del amparo que pudiera prestaros Don Leonel, vuestro antiguo amante.....

—Señora, os he suplicado que no me habéis de ese hombre; estoy dispuesta á casarme, pero que sea ahora, ahora mismo, en este momento, y antes de que otra cosa suceda, porque yo no sé si podré mantenerme en esta resolucion pasados estos momentos, para mí supremos.

—Se hará así como decís, ahora mismo; venid, venid.

Y la vieja, casi arrastrando, llevó á Doña Esperanza hasta su habitación.

Llamó entonces á los criados, y dijo á uno de ellos:

—Avisad al señor Don Alonso que la novia está dispuesta; que si por su parte no hay inconveniente.

—Y Doña Esperanza, sin voluntad, sin resistencia, co-

mo presa de un sueño, fué sentada en un sitial, y rodeada de camaristas que la peinaban y la ataviaban, sin que ella dijera ni una sola palabra.

La vieja dirigia aquella operacion, y sin saber de dónde, Esperanza vió salir un trage de novia y un velo, y la corona de azucenas; y todo se le puso, y se encontró con el vestido de la desposada y llena de alhajas.

—Señora,—dijo una camarista entrando—el señor Don Alonso y los padrinos esperan á la novia en el oratorio.

—Vamos—contestó la vieja, echando sobre sus hombros un manton y tomando de la mano á Doña Esperanza.

La jóven la seguia como un autómata; tantas y tan terribles sensaciones habian como paralizado su razon; la habian vuelto indiferente á todo.

Llegaron al oratorio; el sacerdote revestido ya les esperaba, y Don Alonso acompañado de dos caballeros, salió á recibir á Esperanza y le ofreció su mano para llevarla al altar.

Don Alonso se puso al lado de la jóven, y un caballero y la vieja Doña Catalina sirvieron de padrinos del matrimonio.

Esperanza pronunció el «sí» de su consentimiento, casi con terror.

Terminó la ceremonia, y como era aún hora á propósito y Don Alonso queria no dejar pendiente requisito alguno, determinó que siguiera la de la velacion, y se arrodilló ante el altar al lado de la nueva esposa.....

.....

La visita de Don Leonel se habia prolongado; las horas vuelan para los enamorados, y siempre creen que se separan demasiado pronto.

—Don Leonel—decia Catalina—¿seriais capaz de casaros conmigo?

—Por supuesto, ángel mio; seria para mí la mayor felicidad vivir siempre á vuestro lado, adorándoos, llamándoos mia, mia para siempre.

—Debe ser tan bello casarse con una persona amada, debe ser tan grato ser del que se adora!

—Pero vos habeis sido casada.

—Pero no por amor. En este momento creo que hay en esta casa un matrimonio.

—¿De quién?

—Se enlaza Don Alonso de Rivera.

—¿Y con quién?

—Es un misterio para mí, porque me prometió revelármelo hasta el momento mismo de la ceremonia.

—¿Y no habeis ido siquiera por curiosidad?

—¡Ingrato! ¿podiais creer que perdiera un solo momento de vuestra compañía por algo en el mundo?

—Gracias, gracias; me haceis muy feliz.

—Esa es una historia muy curiosa: figuraos que la dama huyó de su casa con Don Alonso, y que él la ha tenido aquí hasta que arregló la boda.

—¿Y no conoceis ni de cara á la dama?

—No.

—Es curioso.

—Deben estar en este momento en el oratorio; ¿quereis ir á ver?

—No; tal vez se incomodaria Don Alonso porque descubririais su secreto.

—Ya no es secreto; ¿no os digo que él no queria que se supiera nada hasta la hora de la ceremonia, seguramente porque temia que la jóven tuviera parientes ó novio?

—Pues bonito papel hará el novio.

—Divertido: ¿conque vamos?

—Curiosita.

—Por vos lo hago.

—Pues vamos; dejadme tomar mi sombrero.

Doña Catalina guiaba y Leonel la seguia, aprovechándose de que no encontraban á nadie, para llevarla de la mano.

Entraron al oratorio; la misa estaba ya terminando, y no podian ver á los novios sino por detrás.

Acabó la ceremonia, y todos se agruparon en derredor de los recién casados.

—Vamos á verlos—dijo Catalina.

—No, mejor esperaremos en la puerta que salgan—contestó Leonel.

Y salieron al corredor á esperar á los novios.

Poco despues, á pesar de que Don Leonel estaba como encantado mirando á Catalina, oyó el ruido de la comitiva que se aproximaba. Volvió el rostro; los nuevos casados venian por delante, y Leonel reconoció á Esperanza en el momento en que ella los reconocia á él y á Doña Catalina.

Leonel lanzó un grito y se precipitó á su encuentro.

—¡Esperanza! ¿qué es esto? ¿qué es esto? ¿sueño?

—Caballero—contestó Doña Esperanza con una frialdad y una altivez que helaron la sangre de Don Leonel en sus venas—apartaos, que no os conozco, ni sé con qué derecho me deteneis.

—¡Esperanza! ¡Esperanza!—gritó como loco Leonel.

—Paso, caballero—dijo Don Alonso apartándolo.

Don Leonel se sintió indignado, pero no pudo ni lanzar ya una exclamacion, ni moverse siquiera.

Doña Esperanza, altiva y desdeñosa, se unió al brazo de Don Alonso, y se retiró sin mirar siquiera á su primo.

Cuando Don Leonel alzó el rostro, no estaba junto á él mas que Doña Catalina, que lo miraba amorosamente.

XXXI.

De cómo la vieja Doña Catalina oyó terribles verdades.

Doña Esperanza, con el alma destrozada, llegó hasta la cámara nupcial, seguida de Doña Catalina, la anciana, que habia servido para formar todo aquel enredo, y de otras varias personas.

Don Alonso queria representar el papel de marido joven y apasionado, á pesar de la frialdad y esquivez de Doña Esperanza.

—Señora y esposa mia—la dijo—permitidme tomar asiento á vuestro lado, en este para mí el dia mas feliz de mi vida.

—Libre y dueño sois de hacerlo—contestó con indiferencia Esperanza—tanto mas, cuanto que aquí delante de estos testigos quisiera deciros algo que me interesa.

—Hablad, señora; ¿qué cosa no haré por acomplaceros?

—De poca cosa se trata, señor.....

—Decidme esposo, Alonso si quereis; pero apartad de nosotros esas ceremoniosas palabras de señor, etc.

—Pues bien, Don Alonso.